

¿ENTERRADO EL PROCES? OJALÁ, PERO...

El resultado de las elecciones catalanas del domingo pasado permite muchas lecturas distintas porque, efectivamente, ya no hay en el Parlament una mayoría independentista que pueda imponerse, pero tampoco hay alternativas posibles que no pasen por algo que hagan o dejen de hacer los que, hasta ahora y aún ahora, se presumen como los únicos con derecho a gobernar en Cataluña.

Ante esa situación, hay quienes ya se han apresurado a enterrar el *proces*; son los que, en el pasado, hablaron de “una nueva etapa” cuando ERC decidió explorar una vía que no fuera la unilateral que llevó a octubre del 17, o de “la muerte del *proces*” cuando se les concedieron indultos y quitar la sedición del Código Penal, entre otros.

En mi opinión, creo que el debate sobre si ha llegado ese final o no solo interesa a quiénes simplifican el problema de Cataluña como lo han hecho los independentistas o como lo hacen los fieles a la estrategia del presidente del gobierno de España. Es decir, si solo se trata del derecho a decidir o si es de la pacificación de Cataluña o del “España se rompe” o no se rompe. Casi todos sabemos que es mucho más: se trata de si el esquema de la España de la Constitución de 1978 se mantiene o si se fuerza un cambio en el sentido que quieren los que han mutado desde entonces o buscan imponer lo que en aquel momento planteaban otros con los que ahora coinciden, que es sentar las bases para crear un Estado con otras raíces, tal y como pedía el anterior lehendakari vasco antes de las elecciones del pasado abril en esa comunidad. Un estado en el que las ahora comunidades autónomas puedan tener derecho a seguir creando en sus territorios identidades propias y ajenas a la que hoy es común a toda España.

Esto último es lo que se viene haciendo en Cataluña en las últimas décadas con la imposición del veto a todo lo que llegue de España, empezando por el idioma y la cultura y, ahora, con “hay que evitar que nos gobierne Illa”, que es lo que dice el que le dio el gobierno a Pedro Sánchez hace unos meses a cambio de evitarle ir a la cárcel por la comisión de los delitos que se quieren amnistiar. Y en el País Vasco, aunque de momento se ha detenido el debate, ya veremos lo que ocurre, porque, aviso, la candidatura que se ha formado en la izquierda secesionista de varias comunidades autónomas para las elecciones europeas se hace llamar “Ahora, Repúblicas”. Retóricas, sí, pero léase lo que dice una ciudadana catalana de origen marroquí de que “todos los alumnos que hemos pasado por la escuela catalana en democracia hemos sido educados” en el nacionalismo romántico (Najat El Hachmi, El País, 7-5-2024). Y piénsese en la aspiración a que todos los impuestos de los catalanes sean recaudados por la Generalidad, que ya se verá lo que dice el PSC sobre el particular.

Se entiende más la explicación *naif* del presidente del gobierno de España de que su estrategia ha dado resultado, porque es la forma de justificar la actuación que viene desplegando desde que llegó al cargo. Pero choca con la realidad más inmediata, puesto que, de momento (y posiblemente hasta que pasen las elecciones europeas), lo que ERC ha hecho es lo mismo que hizo él hace unas semanas, retirarse a pensar. Sabemos lo que ha dicho Pedro Sánchez sobre su retiro; ya veremos lo que hace. Y veremos lo que reflexiona y lo que hace el partido independentista que, tras presionar a Puigdemont con aquello de “las treinta monedas”, fue el primero en buscar una vía que le permitiera reunir más voluntades alrededor de su objetivo último.

Puede que sí, que haya intención de enterrar el *proces*, pero será creíble cuando, al menos, uno de los dos partidos que lo han liderado lo diga con claridad, cuando se den muestras palpables de que se respetan los derechos de todos los ciudadanos de Cataluña y las sentencias judiciales sobre los despropósitos que se han producido estos años, cuando alguno de los partidos grandes de la izquierda española deje de *bailarle el agua* a los que quieren cambiar la estructura del Estado para hacer que se *sientan a gusto* los que quieren imponer su visión prehistórica de un país dividido en naciones monopolizadas cada una de ellas por mitos y leyendas particulares. Y es que son muchos años y muchas las vicisitudes que han dado lugar a una sociedad muy diversa y mezclada que se merece que la atención se ponga más en el futuro que en el pasado, en cómo olvidarnos de aquello del “enemigo interior” para centrarnos en cómo contribuir a crear una Europa que se sustente en los valores que, a través de una Historia convulsa, la ha llevado a convertirse en la parte del mundo preferida para vivir por buena parte de la Humanidad.

MARTÍN RÍSQUEZ

Periodista